*Fr. Josef Tomás Ramirez, del Orden de San Francisco, de la Provincia de Paraguay, Lector Jubilado, &c.* . . . . . 386.
SERMON XVII. *A la Real Audiencia* . . . . . 415.

# SERMON PRIMERO

## DE LOS PATRIARCAS SANTO DOMINGO Y SAN FRANCISCO.

*Ipse dedit quosdam Apostolos.... in opus ministerii, in ædificationem Corporis Christi.*

APOST. AD EF. CAP. 4. VERS. 8. - 11. y 12.

A unos hizo Dios Apóstoles para que sostengan la Iglesia, y la edifiquen con su predicacion y admirables exemplos.

Admirable es Dios en sus Santos, dice el Profeta Rey, y la variedad de los caminos por donde conduce á sus escogidos, es uno de aquellos tesoros ocultos, sobre que pone su sabiduría profundos abismos, y en que resplandecen con mas claridad sus adorables perfecciones; su grandeza, su bondad, su justicia, su misericordia, su poder infinito, y aquella fecundidad maravillosa, que siendo semejante á sí misma, y siempre diferente de sí misma, derrama sobre sus obras una prodigiosa mezcla de semejanza y de diversidad, que todo lo congrega y lo reune sin confusion ni desorden. Con efecto, aunque un mismo espíritu forma todos los Santos, aunque una misma fé los justifica, y uno mismo es el Dios que los corona; pero no en todos los Santos se halla un mismo caracter de santidad: todos

ellos llegaron al heroismo de la perfeccion, y poseyeron juntas todas las virtudes; pero cada uno parece que resplandece con mas especialidad en una virtud; y cada virtud parece que tiene su heroe propio y personal. El Abad Antonio fué el heroe del desierto, un Ambrosio de la fortaleza, un Nolasco de la caridad, un Cayetano de la confianza, un Luis de la pureza, un Sales de la mansedumbre, un Mauro de la obediencia; un Juan de la Cruz de la abnegacion, y un Gonzaga de la inocencia.

De aquí procede tambien, que aunque la gracia santificadora es una misma, pero varía sus efectos, segun la diversidad de los sugetos; y Dios guia á sus escogidos á un mismo término por diferentes caminos. A unos llama á la obscuridad de los claustros, en donde separados del boato de Babilonia, viven crucificados al mundo y sus placeres, contentos con derramar lagrimas sobre las ruinas de la ciudad santa, y levantar sus manos inmaculadas al cielo para alcanzar sus misericordias á la tierra, como los Alcántaras, Regalados y Diegos de Alcalá. A otros inspira una vida peregrina y solitaria, y renunciando estos sin tardanza los intereses de una fortuna brillante, olvidando el esplendor de su ilustre nacimiento, y rompiendo los vinculos mas fuertes de la sangre, trasmigran de provincia en provincia, caminan errantes por paises incognitos, cargados de enfermedades y miserias, expuestos á la intemperie de las estaciones, y al desprecio de los insensatos, como los Roques, Alejos y Egidios. A aquellos lleva á la soledad de los bosques, cuyo silencio solo interrumpe el bramido de las fieras;



y allí retirados del comercio de las criaturas, habitan aquellas selvas inaccesibles, sepultados en sus cuevas y cavernas, esperando el dia del Señor, como los Pablos, Hilariones y Romualdos. A otros los llena de su espíritu, les da segun la metáfora de Job un cuerpo de bronce y de metal, y los conduce á los anfiteatros, para que con una santa intrepidez se arrostren con los tiranos y expongan sus miembros en obsequio de la fé á las ruedas, al cuchillo, á las hogueras, y al furor de las bestias, como los Dionisios, Policarpos y Lorenzos. A aquellos dexa baxo el contagioso clima de una Corte tumultuosa; y en medio de la púrpura y del fausto los anima á practicar virtudes dignas de los solitarios de la Siria y la Tebayda, como los Fernandos, Luises y Casimiros. A otros finalmente nacidos en una humilde cuna, los saca de su obscura condicion, y los eleva al mas alto grado de gloria y reputacion: su prodigiosa vida forma epoca en los fastos de la Religion, y llegan á ser el asombro de los pueblos, y la admiracion de su siglo, como los Franciscos de Paula y los Benitos de Palermo.

Confesemos, Católicos, que estos famosos heroes, que la mano omnipotente conduxo por sendas diferentes, han sido á manera de aquellos fenomenos extraordinarios, que puestos sobre el Orizonte de la Iglesia, la han iluminado con el resplandor de sus virtudes, la han fomentado con el calor de sus milagros, la han edificado con su vida penitente, y han dado una prueba autentica de la singular providencia con que el Señor mira por la felicidad de su casta esposa; pero no podemos ne-

gar que hay algunos Santos de primer orden, á quienes él Omnipotente ha guiado por veredas muy particulares, y en cuyas manos parece haber depositado con especialidad el destino de su Iglesia, sacandolos de los tesoros de su misericordia para que sirvan de columna y sosten de la Religion; para que puestos como en espectáculo al universo, intimen verdades eternas á los grandes y pequeños, sostengan la fé fluctuante entre los vayvenes del error y del cisma, afirmen los altares desquiciados, contengan el furioso torbellino de la corrupcion; y volando de region en region, como el sol en su carrera apresurada, lleven el Evangelio de Poniente á Oriente, para iluminar á los que descansan á la sombra de las tinieblas, y enriquecer al cielo por medio de sus conquistas con los despojos de la tierra: *Ipse dedit quosdam Apostolos... in opus ministerii, in ædificationem Corporis Christi.*

Ved aquí en este diseño una imágen viva de aquellos dos esclarecidos heroes del siglo XIII. Domingo y Francisco: la diestra soberana los llenó de fuego celestial, y en testimonio de su tierna predileccion los presentó á la Iglesia como el mas precioso don, para dispertar por su medio la fé adormecida, y darla un nuevo semblante, para resistir á las incursiones enemigas que atacaban el bagel de Pedro, para detener el torrente de los vicios que inundaban la tierra, para excitar en los corazones de los fieles la devocion, el fervor y la piedad; y finalmente para colgar en las bóvedas de Sion las preciosidades de Egipto, quiero decir, para que reproducidos estos insignes varones en numerosas tribus, y multi-





plicados en una estirpe inmortal, brotase de sus mismas cenizas un nuevo pueblo de Santos; *In ædificationem Corporis Christi.*

Ya podeis columbrar de aquí mi pensamiento; pero yo me insinuaré con mas claridad. Afirmo, pues, resueltamente con San Buenaventura, que Dios usó de la plenitud de sus misericordias con la Iglesia, criando en su seno á Domingo y Francisco.

Cómo así? porque con esta dadiva la concedió dos varones singulares llenos de su espíritu, y adornados con todo genero de virtudes: primer argumento de su heroismo. Porque con esta dadiva la concedió dos varones extraordinarios que la protegiesen en el apuro de sus aflicciones y necesidades: segundo argumento de su elogio: *Ipse dedit quosdam Apostolos in ædificationem Corporis Christi.*

Cielos, alabad al Criador, y abrid las mansiones de la eternidad, para colocar en las moradas de Sion un lucido esquadron de Martires rubricados con su sangre, de Confesores adornados con el trofeo de sus victorias, de Apóstoles cargados con los frutos de su zelo, y de vírgenes ceñidas con estolas de pureza: *Laudate cœli.* Iglesia santa, convierte ya tus gemidos en canticos de triunfos y alegría: de aquí adelante concurrirán á tus solemnidades Christianos fervorosos, Sacerdotes irreprehensibles, Pastores escogidos del cielo y Pontifices zelosos, y hasta los Grandes de la tierra doblarán la rodilla delante de tus altares: *Exulta terra.*

Universidades del orbe, ensanchad vuestros liceos para que suban á las cátedras sabios famosos, cuya ciencia igualará á su virtud, y cuya fama inmor-

tal volará por los paises mas amenos de Minerva. Montañas del nuevo mundo, abatid vuestras soberbias cimas para recibir las fecundas nubes, que van á derramar sobre vosotras el saludable rocío de la divina gracia: *Jubilate montes laudem.*

Sagradas familias, prole escogida, pueblo de adquisicion, unid vuestras voces á las mias para pagar el justo tributo de alabanzas á nuestros fundadores inclitos: *Laudemus viros gloriosos parentes nostros.* Juntad al mismo tiempo vuestras súplicas á las del numeroso pueblo que me escucha para implorar la gracia que necesito por medio de la Reyna del cielo, saludandola con el Angel:

*AVE MARIA.*

La conducta que ha observado Dios desde el origen de los siglos, es un misterio de misericordia, y una prueba innegable de la providencia con que se desvela por el bien y felicidad de su pueblo. Aun antes del nacimiento de la Iglesia llama á Abram de la Caldea, en cuyo seno habia mamado la leche de la supersticion, le inspira principios de religion para que instruya á su pequeña familia, le constituye padre de los creyentes, y establece con él una alianza sempiterna. Luego que su descendencia se multiplica baxo el cautiverio de una potencia extrangera, destina á Moyses para que enjugue sus lagrimas, le autoriza con los esfuerzos de su brazo, y con una vara portentosa enmudece á los inmundos Pitones, que quieren remedar sus prodigios, hace temblar en su misma Corte al Príncipe tirano, y á fuerza de maravillas y portentos obliga á un pueblo indocil á abrazar la ley que le intima su legislador escogido.



Para entrar este mismo pueblo en el pais prometido substituye á Josue, y este famoso General suspende al sol en su carrera, pisa con sus plantas vencedoras la cerviz de sus feroces rivales, echa por tierra los baluartes de la orgullosa Jericó, afianza los derechos de la nacion santa, y pone á Israel en posesion de Canaán. En los siglos posteriores renueva la misma providencia con la sinagoga; unas veces movido de sus desgracias, se vale del zelo de Otoniel, Débora, Barac, y Jepté para contener la insolencia de Moab y Amon; otras elige á Gedeon y Sanson para exterminar el furor de los incircuncisos; ya por ultimo suscíta á Samuel para confundir á Amalec, y restablecer el culto sagrado.

Esta misma máxîma reitera en la plenitud de los tiempos con la Iglesia naciente. Envia á su unigenito disfrazado baxo el velo de la humanidad, y elige doce discipulos, que llenos de su espíritu vuelan como ligeras nubes de un polo al otro polo, surcan inmensos mares, penetran enmarañadas selvas, pisan profundos valles, trepan asperas montañas, y sostenidos con la fuerza de su poder triunfan del paganismo y de la perfidia judaica, y enarbolan la cruz sobre las cenizas de los idolos y las reliquias de la Sinagoga.

¿No advertis en esta serie inviolable de proteccion los esmeros de la Providencia á favor de su pueblo escogido? Pues avivad la atencion, y vereis el amor tierno de Dios para con su Iglesia en el

precioso don con que la enriquece, concediendola á Domingo y Francisco: *Ipse dedit quosdam Apostolos.* El siglo XIII. fué testigo de las maravillas de estos dos partos de la gracia, y Europa vió con asombro levantarse sobre su emisferio dos astros de primera magnitud. En efecto, nacidos en el seno de la opulencia, y prevenidos con bendiciones de dulzura, pasaron casi desde el vientre materno á los brazos de la piedad, y puede dudarse justamente, si hubo alguna interrupcion entre su nacimiento y la virtud, porque ser hombres y ser virtuosos fué en ellos una misma cosa, y tardaron poco en ser esclarecidos Santos. Idlo observando en los pasages de su preciosa vida.

La cuna, teatro funesto de las baxezas del hombre, fué para Domingo mansion de honor y gloria: distinguido en la frente con una estrella luminosa, apenas vé la luz este aborto de la gracia: apenas se organiza su tierno cuerpecito, quando ya ofrece al Criador las primeras aspiraciones de un corazon puro, que jamas probó la ponzoña del deleyte: todavia titubea entre los arrullos y las faxas, y ya aníma su lengua balbuciente para pronunciar el generoso voto de perpetua castidad, que renovó en los ultimos suspiros, y cuya inviolable guarda le hizo aborrecer hasta la sombra del vicio: adoptado en los crepúsculos de la puericia por hijo de María, se acoge el infante heroe al regazo de la Emperatriz Madre: ella es su numen tutelar, su protectora divina, y el soberano iman de su corazon. María instruye á su pequeño adoptivo en la sabiduría del cielo, aquella que dirigió sus hermosos pa-



sos entre los escollos de la juventud, la que le conduxo en las fatigas de su Apostolado, y le formó uno de los mayores Santos que admira la Religion; pero sabiduría muy semejante á la que ilustró al Serafin de Asís en la primavera de su edad juvenil.

No lo dudeis: delineado Francisco desde el seno de su madre sobre el modelo de Dios hombre, nace el humano Serafin con una cruz roxa en el hombro, indice de su principado, y pronóstico que anunciaba á la Toscana la gran luz que con el tiempo habia de esparcir en la Iglesia un niño que traia impreso en sí el sello de la mano omnipotente: los agigantados progresos que hizo en la virtud, dieron testimonio de esta verdad. Educado en los brazos de la abundancia concibe en la aurora de su pubertad un deseo inextinguible de pisar la gloria mundana, deseo ardiente que anima al jóven atleta á luchar con un corazon nacido para el fausto, con un genio franco y jovial, con una naturaleza formada entre los embelesos de la fortuna; y á pesar de tan poderosos incentivos sofoca las alagüeñas voces de la humanidad, rompe los tiernos lazos de la carne, renuncia los fueros de la sangre, cambia sus ricos vestidos con los andrajos del primer pobre que encuentra, y vuela en alas de su fervor á los yermos de la Umbria, donde habla de su Dios con todos los objetos que le rodean, donde alimenta su espíritu con las verdades eternas, y se excita á emprender los caminos y pisadas de un Dios pobre, donde forma el designio de ser el Apóstol de la pobreza, el heroe de la humildad, y el modelo de

la abnegacion; y á los primeros pasos que da en la carrera de la virtud, se remonta al apice de la perfeccion, empieza por donde terminaron los mas famosos solitarios, y dexa muy atras á quantos Angeles del desierto ocultaron la Nitria y la Tebayda en sus venerables grutas.

¡O! Iglesia santa, tú sola tenias derecho á los tempranos frutos de estos dos gemelos de la gracia tan semejantes entre sí, como unidos en sus admirables proyectos; muy presto los vereis crecer en santidad, como aquella misteriosa fuentecilla de Mardoqueo, hasta convertirse en caudalosos rios que fertilizarán con sus cristalinas aguas los mas distantes climas de la tierra. No es hiperbole. Apenas toca Guzman con las manos el ultimo escalon de la infancia, quando suspira por enriquecer su alma grande con el precioso tesoro de las letras, para derramar despues en el seno de la Iglesia abundantes raudales de doctrina pura. Este deseo le arranca de su patria y parientes, y le trasplanta á la primera Universidad del Imperio Godo: Palencia era entonces en la Península lo que antiguamente habia sido Atenas en la Grecia; esto es, el asiento de las bellas letras y el domicilio de las ciencias, segun la expresion de un Sabio: *Litterarum sedem, et domicilium.* En esta célebre academia se presenta Domingo lleno de fervor, y al punto arrebata la admiracion de sus maestros con la viveza de su ingenio, y la sublimidad de sus raros talentos: sus coetaneos le respetan como á un oráculo, su merito pasma á los sabios que componen aquel distinguido gremio, la universidad aplaude su clara y sana doctrina, y



la capital de Castilla le admira como al primer luminar de su escuela.

Pero la multitud y variedad de sus estudios no pudieron entibiar las ansias que tenia de aspirar á la mas sublime santidad: esta noble ambicion le devora en medio de sus penosas tareas, y le obliga á formar el proyecto de consagrarse al servicio de los altares: la nobleza de su orígen era un título ilustre en el mundo para el Santo joven, pero él renuncia de un golpe las lisongeras esperanzas con que le brinda el resplandor de su nacimiento, corta de raiz las conexîones de su sangre, y se incorpora en el orden levitico: la Iglesia de Osma le franquea la entrada al Santuario, y el zeloso pastor que la gobierna, mira al nuevo presbítero como la mas firme esperanza de su Clero. Desde este instante el retiro del mundo, el olvido de sí mismo, el culto divino, la freqüencia de los templos, el amparo de los miserables, la instruccion de los ignorantes, la oracion, el ayuno y la disciplina fueron su unica ocupacion. Arrebatado de un entusiasmo divino llega todos los dias á la sagrada mesa, donde desprendida su alma de los sentidos, se familiariza con su Dios, pasando á veces en estos inexplicables extasis muchas horas: con el mismo espíritu asiste á los divinos oficios á celebrar las grandezas del Señor, y cada palabra que sale de su boca, es un nuevo dardo de fuego que inflama su corazon: lleno de Jesu-Christo, y transformado en él se despoja enteramente de sí mismo, y de toda aficion terrena: distribuye á los menesterosos los preciosos muebles que se habian librado de su zelo, vende hasta su libre-

ría para socorrerlos, y quando ya no tiene que darles, les ofrece su propia persona, á lo menos, para mendigarles el sustento diario de puerta en puerta.

Un espíritu muy semejante animó á Francisco en la flor de su juventud. Estadme atentos, porque aquí estriba todo el merito del Patriarca de Asis. En los siglos de oro abrigaron los bosques de Egipto y Palestina una multitud de fervorosos colonos, que desprendidos absolutamente de los bienes de la tierra, vivian olvidados del mundo y de sí mismos, y entregados á los rigores de la mas estrecha pobreza, sin reservarse para sí otro derecho que el escaso trabajo de sus manos para ganar el sustento: los Pablos, Brunos, Hilariones, Arsenios, Pacomios y Gualbertos fueron los valerosos xefes que poblaron con su exemplo los desiertos de pobres evangelicos.

¿Os parece, Católicos, que estos famosos heroes del Yermo llegaron al mas alto punto de la pobreza? Pues sabed que ya no pareeen pobres en comparacion de Francisco. El cielo habia destinado al Padre de los Menores para dar al mundo un exemplar de pobreza, original, unico é ignorado desde el tiempo de los Apóstoles. Francisco, que apenas habia nacido, quando, segun la frase de San Gregorio, sintió el peso de las riquezas, no se contenta con renunciar su legítima, sus fueros, su filiacion, y todos los bienes de la tierra; es un joven embelesado con la pobreza, que se turba, se acongoja y vierte copiosas lagrimas al considerar que hay otros mas pobres que él, porque quisiera él solo ser el pobre universal de todo el mundo: un joven que



agitado de una impetuosa inclinacion á esta virtud, sale como fuera de sí, y corre por calles, plazas y lugares de Umbria, preguntando por la pobreza, sin que puedan contenerle ni el desprecio de sus paisanos, ni la persecucion de sus deudos, ni los rigores de su padre. ¿Habeis visto un avariento, que hidropico de codicia anhela por las riquezas? pues Francisco suspira con mayor ansia por el tesoro de la pobreza. Se postra á los pies de un Crucifixo, y clama á su Dios que le conceda esta virtud en toda su extension; ya se entra en los calabozos y hospitales á contemplar en sus víctimas las penurias que padecen para sacar modelos que imitar; ya explica la ternura y exceso de su amor con afectuosas caricias, llamando á la pobreza mi reyna y mi esposa; pero esposa tan amada, que hubiera primero muerto que divorciarse con ella.

¡Ah, qué pobreza tan sublime! Nadie pudo penetrar á fondo sus quilates, sino el Dios que la inspiró; el vulgo la perdió de vista, los Teologos no alcanzaron á especularla, los Cardenales la juzgan impracticable, el Padre Santo al oirla se sorprehende y vacila; y si un rayo de luz celestial no hubiera iluminado al depositario del anillo del Pescador, ciertamente la hubiera reputado Inocencio III. por temeraria. Pero pobreza la mas cabal y ajustada á las máxîmas del Evangelio, que fixó su trono en el corazon de Francisco, para que fuese su Apóstol en practicarla, así como habia de ser su legislador en establecerla.

Apoyados Domingo y Francisco sobre la excelente máxîma de la pobreza ¿qué progresos tan gi-

gantes no harian en la virtud de la humildad? Yo sé que en sentir de Santo Tomás de Villanueva la pobreza es la escala mas segura para la humildad, y el orígen de toda la perfeccion; y aunque un sabio Pontifice dexó escrito que es infinitamente mas dificil dexarse á sí mismo, que renunciar los bienes caducos con que brinda el mundo; ¿pero qué empresa habrá dificil para unos corazones animosos y entregados á las impresiones de la gracia como los de estos dos grandes Patriarcas? Exâminad todos los instantes de su vida, y vereis que están señalados con los actos mas heroycos de humildad. Ello es que los mas fieles apologistas del siglo ilustrado publican que Domingo en los ardores juveniles fué ya el espectáculo de Europa por sus abatimientos; insensible á los ataques del amor propio, no piensa sino en defenderse de los elogios que le dan, y de las dignidades que le ofrecen: si los pueblos edificados de su virtud y milagros, le aplauden, se turba, suspira y gime baxo el peso de la universal aclamacion; si la purpura romana pasmada de su heroismo, le reverencia, él se confunde á vista de su nada y su miseria; si la suprema cabeza de la Iglesia le honra cinco veces con la dignidad de Obispo, otras tantas renuncia con lagrimas la Mitra. Padre y Fundador de una esclarecida familia, abraza con preferencia los exercicios mas viles de la comunidad, y se tiene por el oprobrio y perisema de los claustros: rebosa en alegría, quando una chusma de piratas le llena de injurias, y se regocija quando los hereges califican sus éxtasis de ilusiones, y su penitencia de hipocresía; y se da los parabienes


entre los ultrajes, como pudiera el mas ambicioso entre las aclamaciones.

¿Seguiria Francisco con igual teson los baxios del abatimiento? ¿Pero qué pregunto yo? ¿No es la humildad su caracter? ¿Puede acaso nombrarse esta virtud, sin que al punto se presente á la memoria Francisco de Asís? ¡Ah! yo afirmo que así como en la antigüedad un Macabeo fué conocido por su valor, un Elías por su zelo, un Salomon por su sabiduría, y una Magdalena por sus lagrimas; así es conocido Francisco en la nueva ley por su humildad. Seguidle sus pasos, y lo vereis. Penetrado de los abatimientos de un Dios humillado, se propone arrancar de su corazon hasta las ultimas fibras del amor propio; y para decapitar este monstruo, inventa los arbitrios mas raros de abatirse: Asís, que poco antes le habia visto rodeado del esplendor de sus galas, le mira con asombro en sus calles y plazas cubierto con un zurcido de andrajos, y le reputa por insensato: los libertinos, la plebe, y hasta los mas cuerdos le insultan; pero quando mas agoviado de ignominias, entonces se revuelca en un lodazar, se confunde con los pobres, y corre las comarcas de su patria en esta figura extraña con un deseo insaciable de apurar el amargo caliz de los improperios hasta sus ultimas heces. ¡Qué humildad tan asombrosa! Era necesario, católicos, hacer anatomía de su corazon, para mostraros el fondo de su humildad; veriais una humildad identificada con la masa de su ser, que no feneció sino con él, que descendió con él al sepulcro, y desde las entrañas de la tierra, que le abriga, volvió á brotar de su yerto

é inanimado cadaver un nuevo pimpollo mas hermoso de humildad. Oid la prueba. Elevado al mas alto grado de santidad, y constituido cabeza de una posteridad tan numerosa como las arenas del mar, no puede sufrir la aclamacion de los pueblos, y pide á Dios con lagrimas que le envie la muerte antes que profanar su humilde profesion con el contagioso ayre de la vanidad: sabe que el Cardenal Hugolino es apologista de sus virtudes, y al punto abandona para siempre su palacio. ¿Qué mas? Estando para espirar ordena que su cadaver quede desnudo sobre la tierra, para que sea hollado de todos, y despues sepultado á los pies del patibulo, donde se executa el suplicio de los facinerosos: despues de dos siglos que habia muerto, intenta Nicolao v. besarle el pie, y él le retira por humildad. Digamos pues sin rezelo en honor de mi serafico Padre, que si la humildad encarnára para hacerse visible á nuestros ojos, hubiera tomado la fisonomía y el trage de Francisco.

No preguntemos ya si Domingo y Francisco fueron penitentes, supuesto que eran tan humildes; porque segun opinion de San Gerónimo, estando muertos á sí mismos y al mundo, era consiguiente que tambien estuviesen crucificados exteriormente á la carne. ¿Pero con qué genero de penitencia juzgais que crucificaron sus cuerpos? Jamas tirano alguno, por inexôrable que fuese, concibió ódio tan implacable al nombre christiano, como estos dos heroes á sí mismos. Domingo reune en un cuerpo vírgen los dolores que podian causar los instrumentos mas fieros, que inventó el furor en ódio



de la Religion. Vestido con una tunica, cuya aspereza podia espantar á la penitencia, ata su cintura con una malla de hierro, cuyas puntas aceradas abren profundas heridas por donde casi asoman las entrañas: su alimento es tan escaso, que apenas basta para entretener la muerte: su sueño tan corto, que el breve descanso que tomaba era como un tributo que por fuerza le pedia su desfallecimiento: sus disciplinas tan prolongadas que muchas veces le causaron mortales agonías: sus vigilias continuas, sus ayunos perpetuos, sus crueles silicios, y la tierra humedecida con su sangre, apenas le dexaron un soplo de vida; tanto, que sus mismos hijos asustados al ver que peligraba su cuerpo al rigor de sus penitencias, le piden con lagrimas que modere su austeridad; pero él responde: ¡ay amados hijos mios! ¿con qué vergüenza me presentaria al tribunal de Dios, si no llevara en mi persona la imágen del crucificado, y las sangrientas señales de su Pasion?

Francisco, todavia mas ingenioso, condena su inocente cuerpo á mayores suplicios. Tan presto se arroja á los estanques helados en el rigor del invierno, tan presto se acuesta sobre carbones encendidos, tan presto se revuelca desnudo entre las espinas y zarzas, tan presto camina descalzo por lugares sembrados de abrojos, tan presto se retira á las asperezas de Alvernia, y allí sepultado en una espantosa gruta, observa un silencio profundo, interrumpido solo con el estruendo de las cadenas y garfios con que despedaza su carne vírgen: nadando en su propia sangre, continúa sus sangrientas

disciplinas hasta faltarle las fuerzas: su desfallecido cuerpo no tiene otro descanso, que una dura piedra, en que se recuesta, mas á proposito para abrir nuevas llagas, ó renovar las antiguas: su tosco sustento son las raices amargas que produce aquel pais inculto, las que primero riega con sus lagrimas, antes de llegarlas á sus macilentos labios, su vestido un horroroso silicio, su sueño las interminables vigilias, su.... ¿Pero acabaria yo, si quisiera referir por menor la asombrosa austeridad que usó consigo hasta el borde mismo del sepulcro? Basta decir, que trato su agonizante cuerpo con tan increible rigor, que fué necesario pedirle perdon á la hora de la muerte de lo mucho que le habia castigado.

Con tan generosos sacrificios se elevaron Domingo y Francisco al heroismo de todas las virtudes. Quisiera Señores poderos manifestar sus corazones, é introduciros en el santuario de unas almas las mas grandes que admiró Roma en los siglos pasados. Veriais reunido en sus corazones un prodigioso enlace de lo mas sublime y perfecto que hay en los Evangelios: humildad profunda, fé viva, esperanza firme, caridad ardiente, austera penitencia, una pureza tan inalterable, que mas parecian Angeles en carne, que hombres viadores, y un amor á Dios el mas acendrado, cuyo valor apenas alcanza á comprender el entendimiento humano; veriais una abnegacion la mas perfecta, divorcio eterno con el mundo, silencio inviolable, paciencia extremada, y un zelo activo y generoso; veriais unos hombres transformados en Jesu-Christo, y tan divinizados, que caminan entre las clamorosas voces de Babilo-



nia, sin que el estrepito de las gentes, ni las fatigas de la vida apostólica, ni los cuidados de sus hijos, ni la muchedumbre que los cerca, puedan distraerlos de la union íntima con Dios; en vano suena al rededor de ellos el bullicio tempestuoso del mundo, porque absortos y unidos con Dios, no piensan ni hablan sino de Dios, no suspiran sino por Dios, no ven ni oyen sino á Dios, de modo, que solitarios en medio del tumulto, no parecian vivientes mortales, sino dos Serafines abrasados en caridad; veriais por ultimo.... ¿pero podré yo añadir algo mas, habiendo reducido á compendio virtudes que componen el panegírico de muchos Santos? Sin embargo, puedo afirmar que apenas he dado principio á su elogio.

No extrañeis la proposicion, porque no hay eloqüencia tan afluente, que sea capaz de recorrer aun el indice de las heroycas acciones que nos presenta la historia de sus portentosas vidas; no obstante, por no defraudar vuestras esperanzas, permitidme que os haga á lo menos un resumen de las principales circunstancias que entran en el complemento de su heroismo. ¡Ah! qué dichoso sería yo si pudiera referiros dignamente aquellos éxtasis profundos que los sacan fuera de sí, y los suspenden entre el cielo y la tierra; aquellas enagenaciones extraordinarias; aquellos transportes de amor que los unen y enlazan con el sumo bien; aquel trato familiar con Dios; aquellas mercedes tan señaladas que recibieron del cielo. Domingo se halla muchas veces anegado en el seno de su amado, y entra en posesion de quantos tesoros es capaz en la tierra un